ORSON SCOTT CARD

# La puerta oculta

Una novela de los Magos Primigenios

minotauro

*Dedicada a Phillip y Erin Absher*
*Por todo lo que hemos compartido a lo largo de los años,*
*Desde California a Kansas,*
*Desde Provence a la playa de Myrtle,*
*Y por toda la magia que hallamos en el camino:*
*Este libro es para vosotros.*

# 1

## Drekka

Danny North se había criado rodeado de hadas, espectros, animales parlantes, piedras vivientes, árboles que caminaban y, también, dioses que invocaban al viento y hacían caer la lluvia, que conseguían crear fuego de la nada y extraían el hierro de las entrañas de la tierra con la misma facilidad con que la gente normal saca agua de un pozo.

La familia North vivía en un resguardado valle del oeste de Virginia; la mayoría de sus miembros jamás iba a la ciudad, porque consideraba una humillación que los dioses se vieran obligados a adquirir provisiones y vender sus cultivos como si fueran gente vulgar.

La Familia había mantenido durante siglos la política de relacionarse únicamente entre ellos y el resultado era que llamabas tíos y tías a todos los adultos, a excepción de tus padres, y que los niños eran todos primos y primas.

Para las docenas de primos North, «ciudad» era un concepto tan abstracto como «océano», «espacio» y «gobierno». Eran asuntos que les importaban muy poco, excepto cuando Tía Tweng o Tía Uck les preguntaban en clase sobre esos temas. ¡Al que se equivocaba, le daban un doloroso capón en la cabeza con un dedal!

Los niños estaban obligados a asistir a la escuela por las mañanas y, a cambio, podían disfrutar de las tardes aprendiendo a crear hadas, espectros, golems, trolls, hombres lobo y otras maravillas que eran parte de los prodigios que conformaban la herencia de la familia North.

Sin embargo, a pesar de ser su herencia, no todos los miembros de la familia nacían con esos dones.

El Tío Abuelo Zog repetía a todas horas que la sangre se había debilitado considerablemente. No cesaba de afirmar que los North habían perdido fuerza desde que el Perverso cerrara las puertas trece siglos y medio atrás.

–¿Qué otro motivo justifica el nacimiento de tantos enclenques que apenas pueden proyectar su aura a una distancia de cien metros? –había comentado Zog en una ocasión–. ¿Por qué, si no, son tan escasos los críos capaces de crear su efigie con algo más sólido que el polen o el polvo? ¿Y cuántos nacen con la capacidad de entrelazar su aura con la de uno de su clan? ¿Qué otro motivo hay para que en cada generación nazcan más drekkas como Danny? Trasladarlos a la Colina Hammernip no nos ha fortalecido. Nada nos fortalece ahora…

Danny había cumplido los once años y le sorprendió oír a Zog pronunciar este discurso; por entonces aún no existía plena certeza de que él fuera un drekka.

Muchos niños no muestran talento alguno hasta la adolescencia. Al menos, eso le decía Mamá para tranquilizarlo; pero las palabras del Tío Abuelo Zog lo hicieron dudar. Si eran «muchos» los que no demostraban poseer talento hasta la pubertad, ¿por qué Danny era el único crío mayor de nueve años que ni siquiera sabía si contaba con aura?

Cuando los demás niños proyectaban sus auras para copiar los deberes escolares de Danny, éste ni siquiera los detectaba y no era, desde luego, capaz de impedírselo por mucho que se lo pidieran.

–¡Ahuyéntalos! –le exigía Tía Lummy–. Eres el único estudiante decente de la escuela, pero todos sacan las mismas notas que tú porque dejas que copien tu trabajo.

–Sé cómo lo hacen –admitió Danny–, pero si no puedo verlos ni sentirlos, tampoco puedo detenerlos.

–Hazte grande –le explicó Tía Lummy–. Aférrate a tu espacio. No permitas que te avasallen.

Sin embargo, por mucho que reflexionó, Danny no fue capaz de encontrar sentido a las palabras de Tía Lummy. Así, los demás niños siguieron copiando hasta que todas las tías que enseñaban en la escuela se vieron obligadas a preparar exámenes diferentes: unos para Danny y otros para el resto de alumnos de su curso. El resultado inmediato de esta decisión fue que Danny pasó a ser el único alumno de su clase, ya que el resto de sus compañeros

retrocedió al curso que le correspondía. Danny habría estado estudiando un noveno grado en el mundo exterior, adelantándose dos años a los estudiantes de su edad.

Otra consecuencia de todo el asunto fue que el resto de chicos cogió ojeriza a Danny; tanta, que le dieron de lado tildándolo de drekka.

–No eres uno de los nuestros –le dijeron sin rodeos.

No contaban con él en los recreos, no lo elegían cuando formaban equipos para jugar, y si alguna de las tías repartía galletas o algún otro dulce, a él no le decían nada. Además, tenía que andar con ojo al abrir sus cajones por si le habían metido una araña, una serpiente o una caca de perro.

Danny no tardó en acostumbrarse a la situación y no quiso ir con el cuento a los adultos. ¿Qué conseguiría chivándose? pensó. ¿Qué los demás se vieran obligados a dejarlo jugar? Seguro que no iba a divertirse demasiado, y tampoco serían agradables las represalias que tomarían los otros chicos si los azotaban por mancharle la ropa con caca de perro.

Danny acabó siendo un niño muy solitario, inmerso en un mundo idílico de hadas, espectros, dioses y animales parlantes.

Conocía a todo el mundo y formaba parte de la Familia, pero entre todos habían conseguido que se avergonzara de las cosas que sabía hacer bien y aún más de aquellas que no sabía hacer. Le pareció que hasta los que lo trataban con amabilidad, lo hacían por lástima. ¿A quién podía gustarle un chico que encarnaba la degeneración de la herencia familiar? La sangre de la familia North era cada vez más débil y Danny era el más débil de todos.

La ironía de todo el asunto era que Danny también había recibido una atención diferente en su niñez, pero por razones totalmente distintas a las actuales. Su padre, Alf, un Roca con empatía hacia los metales puros, había hallado el modo de introducirse en el acero de las máquinas y hacer que funcionaran con una fricción casi nula y sin necesidad de lubricantes. Fue un logro de enorme utilidad y sin precedentes, tanto que lo nombraron regente de la Familia otorgándole el nombre de Odín, aunque Danny lo llamaba Baba.

Gerd, la madre de Danny, tenía poco que envidiar de la destreza de Alf; era una maga de luz y contaba con el talento de variar el color de la luz reflejada, de manera que podía conseguir

que los objetos fueran invisibles, se sumieran en las sombras o brillaran con la fuerza del sol.

Durante muchos años, el viejo Gyish, el Odín de aquella época, prohibió que Alf y Gerd contrajeran matrimonio; temía que la unión de dos entes tan poderosos engendrara algo terrible como un mago teleportador, cosa que los North tenían prohibido, o un mago mental, ser que todas las Familias habían jurado destruir.

Sin embargo, cuando Gyish perdió la última guerra y abdicó, Alf, el mago tecnológico, fue nombrado Odín en su lugar. Entonces, la Familia aprobó el matrimonio entre Alf y Gerd por unanimidad. Poco después, la llegada de Danny supuso todo un acontecimiento; era el primer miembro de una realeza por la que los North llevaban suspirando muchas generaciones.

Todos los adultos de la Familia siguieron la evolución de Danny durante su infancia. Era la gran esperanza, el chico al que se auguraban grandes logros. Y resultó ser un niño con mucho talento, brillante. Lector precoz, lingüista soberbio que acabaría dominando todas las lenguas de la Familia, hábil en las artes manuales, buen atleta, curioso insaciable y lo bastante ocurrente como para arrancar una carcajada a casi cualquier miembro de la Familia. Pero, con los años, la admiración por esas habilidades dio paso a la decepción cuando Danny evidenció la ausencia de cualquier capacidad mágica propia de la Familia.

Danny lo intentó todo. Practicó la agricultura con los primos que tenían afinidad con las plantas, árboles y hierbas; los mismos que de magos adultos contribuirían a mantener la asombrosa productividad de las granjas de los North. Sin embargo, las semillas que plantó Danny brotaron sin fuerza y nunca llegó a captar el pulso vital de un árbol.

Probó a recorrer los bosques con aquellos que tenían afinidad con los animales, los mismos que podían llegar a entablar un lazo profundo con el lobo, o el oso, o (si las bestias más grandes los eludían) con la ardilla o la serpiente. En este caso, adoptaban la condición de Garra u Ojo y poseían la capacidad de recorrer el mundo en su forma animal. Pero las bestias rehuían a Danny, o le gruñían y amenazaban, y fue incapaz de relacionarse con animal alguno.

También intentó comprender cuál era el sentido de «empatizar» con la piedra, o el agua, o el viento, o la electricidad del rayo.

Pero las piedras herían sus dedos y sólo se desplazaban cuando él las arrojaba; el viento, por su parte, se limitaba a enredarle el pelo, y en las tormentas o las excursiones al estanque acababa empapado y tiritando de frío e impotencia. Su capacidad para la magia era escasa. Peor aún, era inexistente.

Y a pesar de ello, a excepción de la soledad, Danny disfrutaba de la vida. Le gustaba vagar por los bosques. Y, ya que no tenía afinidad con los árboles ni con las bestias, se limitaba a correr kilómetro tras kilómetro, cada vez más veloz e incansable. Al principio limitaba sus correrías al territorio de la Familia; sabía que los árboles que vigilaban el perímetro lo detectarían si lo traspasaba, y cuando dieran la alarma, se encontraría en manos de los Guardasemillas, o peor aún, en las de Tío Poot, el único Verde que quedaba en la Familia.

No obstante, durante el último invierno, probablemente debido a que los árboles estaban aletargados y, por ello, menos atentos, Danny halló tres rutas distintas que le permitían burlar a los árboles centinelas y franquear los límites.

Danny era consciente de que al ser un drekka en potencia era probable que lo vigilaran, y como no podía detectar si el aura de algún adulto lo seguía o no, adoptó la costumbre de no tomar nunca el mismo camino hacia las rutas secretas que lo llevaban al exterior. Que él supiera, nadie lo había visto abandonando el territorio North; al menos, nadie lo había acusado de hacerlo.

Una vez en el exterior, se sentía libre para correr con total independencia en cualquier dirección. ¡Y era rápido! Podía recorrer kilómetros y más kilómetros y volver a casa siempre a tiempo para la cena. Sólo se detenía al llegar a una autovía, una valla, una fábrica o una población; en esos casos se ocultaba tras los árboles o la maleza y observaba a los mortales que iban de acá para allá, ocupados en sus asuntos. Danny acabó por pensar que él se parecía mucho a los mortales: no tenía capacidad para empatizar con nada ni con nadie, ni poderes que lo hicieran destacar. Era un mortal más, uno de esos que tenían que conformarse con vivir del fruto de la labor de sus manos o de las palabras que surgían de sus bocas. Aunque había una sutil diferencia entre ellos y Danny: los mortales eran ajenos al hecho de que no formaban parte de la auténtica nobleza que habitaba la Tierra; ellos no sufrían por sus carencias.

La familia North los ignoraba; para sus miembros, los morta-

les carecían de importancia. Sin embargo, si Danny intentaba abandonar a los suyos para vivir lejos de ellos, en el mundo de los mortales, la Familia consideraría que su existencia secreta peligraba y tomaría medidas. Las historias que se relataban en la oscuridad de la noche, cuentos sobre traidores, sobre las guerras entre las Familias westilianas… Todas tenían el mismo desenlace: se perseguía a cualquiera que abandonara el territorio familiar sin permiso, y se le daba muerte.

En aquellos tiempos crepusculares, los North no contaban con el mismo poder que tenían antes de que Loki cerrara las puertas, y menos aún tras siglos de guerras con el resto de las Familias. Pero eran cazadores soberbios. No había presa que se les escapara. Danny era consciente de que arriesgaba su vida cada vez que traspasaba los límites de los dominios de la Familia. Era estúpido actuar así. Sin embargo, la sensación de libertad lo compensaba. El mundo era un lugar enorme, lleno de gente que no lo despreciaba por ser como era.

«Carecen de nuestras habilidades, y a pesar de ello construyen carreteras, fábricas, sus hogares… Nos vemos obligados a adquirir sus aparatos de aire acondicionado para nuestras propias casas. Nos conectamos a su Internet para estar informados y enviar los correos electrónicos a los exploradores que las Familias mandamos al mundo de los mortales. Nos desplazamos en coches y furgonetas que les compramos a ellos. ¿Y nos sentimos superiores? ¡No poseemos ninguno de esos adelantos! ¿Y qué hay de los tiempos en que las Familias westilianas regían el mundo como si fueran dioses sobre los frisios, hititas, griegos, celtas, persas, hindúes, eslavos y nórdicos? Eran tiempos en los que las vidas de los mortales eran duras y desagradables, y nuestras constantes exigencias sólo sirvieron para empeorar sus vidas. El mundo habría sido un sitio mejor sin dioses como nosotros. Dioses que se apropiaban de lo que les apetecía, matando a cualquiera que se interpusiera en su camino, que deponían reyes y nombraban a otros en su lugar, que enviaban a sus súbditos a conquistar otros territorios…

«¿Con qué derecho actuábamos así? En el mundo añorado de Westil, donde todos contaban con algún poder, la situación habría sido más justa, más equilibrada. Pero en Midgard, la Tierra, donde sólo las Familias westilianas contaban con esos poderes, era totalmente injusto.»

Danny se entretenía con esta clase de pensamientos mientras

observaba a los chicos de su edad que salían de los institutos de Buena Vista y Lexington y se marchaban en los autobuses escolares o en coches particulares. En casa no se atrevía a meditar sobre esos asuntos, tenía miedo de que al hacerlo su rostro expresara rechazo o repugnancia cuando uno de sus parientes relatara alguna historia épica sobre las aventuras de los antepasados. La única esperanza que tenía de llevar una vida provechosa era que la Familia confiara en su lealtad inquebrantable y algún día le permitiera salir a ese mundo exterior de los mortales.

Mientras tanto, se dedicó a devorar todos los libros que la Familia permitía leer a los niños. Sus favoritos eran los que trataban sobre mitología; confiaba en descubrir la verdadera historia de los westilianos a través de los relatos recopilados por los mortales. En una ocasión le había preguntado a Tía Uck cuáles de los relatos de la *Mitología de Bulfinch* eran auténticos; ella lo había mirado fijamente antes de sentenciar que todos eran reales, lo que a Danny le había parecido absurdo.

En algún lugar había libros cuyas páginas albergaban la historia verdadera de las Familias. Danny dedujo que se debían de conservar registros de los acontecimientos familiares acaecidos miles de años atrás; si no fuera así, ¿de dónde sacaban los adultos sus comentarios sobre personajes o hechos del lejano pasado? Todos los mayores conocían esas historias y, con el tiempo, los primos también tendrían acceso a ellas. Pero a Danny no se lo permitirían, él, que contaba con las mejores aptitudes para leer, comprender y recordar, tendría que apañarse por su cuenta si deseaba averiguar la verdad oculta tras los mitos.

Mientras tanto, tenía que seguir vivo. Y eso significaba limitar sus escapadas al exterior; limitarlas a los días en que ya no soportaba más su intensa soledad; esos momentos en los que pensaba que quizá lo mejor fuera subir a la Colina Hammernip, cavar su propia tumba, acostarse en su interior y aguardar a que alguien subiera a terminar el trabajo.

Era consciente de que sus correrías más allá del perímetro familiar eran una suerte de suicidio. Como jugar a la ruleta rusa sin saber cuántas balas había en el revólver. Cada vez que recorría una de sus rutas secretas hacia el mundo exterior, apretaba el gatillo.

Claro que tenía que reconocer que no todo era soledad y rechazo hacia su persona. Algunos tíos y tías lo habían querido des-

de que era un chiquillo y aún lo hacían, aunque se mostraran más distantes. Por el contrario, Baba y Mamá jamás habían sido demasiado cariñosos, con lo que a Danny no le afectaba demasiado la actual indiferencia de sus progenitores. En muchos sentidos, su vida era bastante normal. O al menos, llevadera; se podía soportar.

Sólo tenía que hallar la manera de ser útil a la Familia, entonces seguro que le permitirían seguir con vida, aunque fuera un drekka.

Uno de sus intentos en ese sentido fue pedir que le dejaran ocuparse de todo lo relacionado con la informática e Internet.

–Puedo montar una red local –les dijo–. He leído sobre el tema en la Red. Podríamos tener un ordenador en todas las casas, incluso uno en cada cuarto; compartirían la misma conexión y no tendríamos que pagar ni un dólar de más a la operadora de cable.

–¿De dónde has sacado todo eso? –fue lo único que le preguntaron.

–Lo consulté en Google.

La respuesta de la Familia fue dictar una norma según la cual los estudiantes sólo podían utilizar los ordenadores en presencia de un adulto y, además, tenían que demostrar que sus consultas estaba relacionadas con el trabajo escolar que les habían mandado en clase.

–Gracias, muchas gracias, drekka –le espetaron Lem y Stem al día siguiente, mientras lo zurraban en la parte trasera del establo.

Todo el asunto había adquirido una dimensión dolorosa para ellos dos ya que, a raíz de la propuesta de Danny, los adultos habían revisado la memoria de los ordenadores y Tía Tweng había encontrado los archivos llenos de pornografía descargada de la Red por los dos hermanos. La consecuencia fue una impresionante bronca por parte de su madre drekka, Miz Jane, y unos buenos azotes propinados por Tío Poot con una de sus varas más dolorosas.

Tras este fiasco, Danny decidió colaborar echando una mano con los estudiantes que estaban aprendiendo a crear efigies a partir de sus auras. Danny lo ignoraba todo acerca de la creación de efigies, pero se ofreció a hacer de supervisor para informar más tarde a los estudiantes del resultado de sus esfuerzos, ya que éstos no podían ver sus efigies. Era una tarea de enorme simpleza, pero mientras fuera Danny el que se ocupara del asunto, un adulto podía dedicarse a otro menester.

Ese día, Danny tenía que supervisar a tres estudiantes, Tina,

Mona y Crista, que le estaban dando más de un quebradero de cabeza. En lugar de hacer lo que les habían mandando, formar una efigie que fuera lo más fiel posible al original, estaban formando imágenes de tamaño mucho menor al normal y con las formas más voluptuosas que se les ocurrían. Cierto que las tres niñas ya mostraban signos físicos de su llegada a la pubertad, pero los diminutos cuerpos femeninos que recrearon en sus efigies estaban dotados de pechos descomunales y caderas a juego. Un mortal las hubiera llamado hadas del bosque… O zorras.

–Pienso presentar un informe sobre esto –advirtió Danny, dirigiéndose a las efigies. El aviso fue en balde; ninguna de las niñas tenía el talento suficiente como para dotar de oído a sus creaciones. Sin embargo, sí que podían ver, porque las auras contaban con el sentido de la vista, estuvieran o no involucradas en el proceso de formación de una efigie. Y una de las niñas vio a Danny moviendo los labios con gesto de desaprobación.

Las tres hadas del bosque se dieron la vuelta de inmediato. Dos de ellas exhibieron sus pechos impúdicamente y la tercera hizo lo propio con el trasero, meneándolo de un lado a otro. No podían haber expresado su desdén hacia Danny con mayor contundencia.

A Danny no lo afectó demasiado. Peor era recibir una paliza de Stem y Lem. Sin embargo, quería cumplir con su responsabilidad de supervisar el trabajo de las niñas, pero no tenía autoridad alguna sobre ellas y, aunque la tuviera, no le valdría de nada si las tres decidían ignorarlo, como era el caso. Los adultos podían emplear sus propias auras para dar una colleja a las efigies que las niñas habrían sentido en sus propias carnes. Pero Danny no tenía aura, o ésta todavía no se había manifestado. Así que lo único que podía hacer era buscar a un adulto y contarle lo que ocurría. No obstante, sabía que para cuando llegara el adulto a la escena, las tres chicas estarían trabajando con toda normalidad y el que se llevaría una bronca sería el propio Danny.

No es que el adulto en cuestión fuera a dudar de la palabra de Danny; tenía fama de ser honesto y, además, todos conocían de sobra a Tina, Mona y Crista. No, el problema radicaba precisamente en la necesidad en sí de convocar a un adulto para que disciplinara a las estudiantes. Algo así cuestionaría la utilidad de Danny como supervisor de estudiantes. En el pasado, Danny sí que había informado a los adultos sobre algún mal comporta-

miento, aunque la mayoría de las veces pensaba en su propia supervivencia y no contaba nada.

Por otra parte, cuando esos mismos estudiantes crecieran, recordarían la ineficacia de Danny como supervisor y, lejos de agradecerle que no los hubiera delatado en su día, llegarían a la conclusión de que no era alguien en quien se pudiera confiar para cuidar de sus propios hijos. Entonces sólo sería el pobre Tío Danny, el drekka. O peor aún, el pobre Viejo Danny, un cuerpo enterrado bajo una lápida sin nombre en la Colina Hammernip.

Danny decidió actuar y dispersó a patadas el material con el que las niñas habían creado las efigies. Pero a ellas apenas les costó un par de segundos volver a formarlas; llevaban creando hadas del bosque de ese tamaño desde los diez años, cuando Danny sólo era un chiquillo de ocho años al que a veces hacían carantoñas cuando había adultos cerca, o del que se burlaban con crueldad cuando no había ninguno.

No obstante, aunque no fuera capaz de crear una efigie del tamaño de un dedal, Danny sí recordaba lo que habían explicado sobre el tema en clase, detalles que muchas veces quienes sí tenían talento mágico olvidaban. Por ejemplo, recordaba muy bien la advertencia que les hizo Tío Poot sobre el riesgo de que un mortal capturara una efigie menuda y frágil.

–Tú te aferras a la efigie cuando la creas –les había comentado Tío Poot–, pero la efigie también se aferra a tu aura. Si te capturan cuando eres tan pequeño, pueden mantenerte alejado de tu propio cuerpo y te quedas indefenso.

–¿Y por qué no podemos desligarnos de la efigie y ya está? –había preguntado Danny. En esos días todavía se esperaba mucho de él y su participación en clase era bienvenida.

–Tienes que girar y saltar para separarte de los elementos con los que has creado tu efigie –replicó Tío Poot–. Si te agarran de tal manera que no puedes moverte, la efigie se mantiene entera y sigue unida a ti. Así es como funciona.

–Pues cuando vaya a crear mi primera efigie incluiré unas tijeras –intervino Friggy, el mejor amigo de Danny por aquel entonces–. Y me abriré paso a tijeretazos.

–¿Unas tijeras? –se había reído Tío Poot–. ¿Y por qué no incluyes una escopeta y le pegas un tiro a tu captor?

–Las efigies que crean los niños son pequeñas y endebles –explicó Danny–. Carecen de fuerza.

–Exacto –confirmó Tío Poot con orgullo–. El hijo de Odín nunca olvida lo que aprende. Sólo una efigie de tamaño natural y con la misma solidez que el cuerpo de quien la crea puede considerarse auténtica. Todas las que hacéis ahora son apenas un suspiro, una menudencia que no podría con el peso de unas tijeras.

Fue el recuerdo de esas clases lo que llevó a Danny a elaborar un plan. Se despojó de la camiseta, luego se rascó el costado como si ésa hubiera sido su intención al quitarse la prenda. Las efigies se burlaron de él y se tiraron al suelo haciendo ver que se tronchaban de risa; Danny tuvo que reconocer que eran muy hábiles reproduciendo ese tipo de movimientos: las efigies casi parecían dotadas de vida propia. Pero lo único importante para Danny era que estaban distraídas, absortas en sus burlas y ajenas al peligro que corrían. No le costó ni un segundo echar la camiseta encima de las dos hadas más cercanas, y tardó apenas otro en formar un saco con la prenda, aprisionando a las dos efigies de las confiadas muchachas.

La tercera seguía libre y se arrojó, enfurecida, contra su rostro. Danny se deshizo de ella golpeándola con la mano y esparciendo los componentes de la efigie por el suelo. Supuso que la chica, no sabía cuál de las tres era ya que no las distinguía a través de sus efigies, volvería a por él, así que decidió moverse; cogió la prenda con sus presas entre los dientes y comenzó a trepar al árbol más cercano.

Nadie trepaba a los árboles como Danny, y en esta ocasión se movió con tanta rapidez que parecía volar, rozando apenas las ramas y el tronco del árbol. Mientras, las hadas apresadas en el interior de la camiseta intentaban girar y saltar para desprenderse de las efigies y volver a sus cuerpos, pero la falta de espacio frustró todas sus tentativas.

Danny se detuvo al alcanzar una de las ramas más altas del árbol, cogió la camiseta con las dos manos y la ató con firmeza a una de las ramas de forma que las efigies apenas podían moverse. Luego, bajó del árbol con más rapidez que lo había subido. Al llegar al suelo, la tercera efigie había desaparecido.

Danny decidió volver a casa y contarle a Tío Poot lo que había hecho.

No tuvo ocasión de hacerlo.

El Tío Abuelo Zog y el Abuelo Gyish lo detuvieron en el camino y no quisieron atender a sus explicaciones sobre los motivos que había tenido para dar a las chicas una lección.

–¡¿Dónde están?! –chilló el Abuelo Gyish.

–¡¿Qué clase de drekka mete a unas crías en un saco?! –rugió el Tío-Abuelo Zog–. ¡Me aseguraré de que acabes en la colina, ladrón de hadas, abusón! –Cogió del hombro a Danny y comenzó a sacudirlo con tanta fuerza que el chico temió que le arrancara la cabeza. El viejo Zog llevaba años volando con las águilas y había desarrollado una musculatura tan poderosa que podía partirle el cuello a un hombre de un manotazo; lo había hecho más de una vez cuando luchó en las guerras.

La aparición de Tía Uck y Tía Tweng supuso un alivio para Danny; las dos se colgaron de los brazos de Zog e intentaron que soltara al muchacho. El problema fue que no lo consiguieron. Las dos mujeres arrastraron al viejo y éste arrastró a su víctima a la que apresaba por el hombro. Danny intentó mantener los pies apoyados en el suelo para no añadir su peso a la poderosa presa de Zog. ¿Quién habría dicho que el viejo tenía tanta fuerza?

Unos minutos más tarde, todos los adultos que se encontraban en el territorio se habían reunido y Danny se encontró sometido a una especie de juicio. El problema era que las garantías legales de las que hablaban en las series televisivas que había visto brillaban por su ausencia. Ahí estaban Danny, el acusado; Crista, la mayor de las chicas, como la denunciante; Gyish haciendo las veces de juez ante la ausencia de Baba y, por último, Zog, que ejercía la acusación. Y ahí terminaba cualquier parecido con un juicio justo; nadie salió en defensa de Danny. Ni siquiera el propio Danny, porque cada vez que intentaba hablar, Zog le daba una bofetada o Gyish le exigía a gritos que se callara. La única que pudo hablar con libertad fue Crista.

–Nos esforzábamos para que nuestras efigies alcanzaran un tamaño natural –explicó la chica–, y no vimos a Danny acercándose con el saco; nos atrapó a las tres, aunque yo conseguí escabullirme antes de que cerrara el saco con Mona y Tina en su interior. Luego destrozó mi efigie y, antes de que pudiera formarla de nuevo, había desaparecido volando hacia el cielo.

–¿Voló? –preguntó Gyish, asombrado.

–¡Sí! –gritó Crista–. ¡Se fue volando y abandonó el saco fuera del territorio y ahora jamás lo recuperaremos!

Apenas le costó un segundo darse cuenta de que había ido demasiado lejos; todos los adultos la observaban con incredulidad, y algunos hasta reían sin disimulo.

–¿Danny volando? –dijo Tío Poot–. Como si pudiera hacerlo…

–Es obvio que Crista miente –intervino Tío Mook–. Es posible que todo lo que nos ha contado sea mentira.

–¡No es mentira! –gritó Gyish, que ni siquiera se esforzaba por parecer imparcial–. ¡Yo mismo he visto los cuerpos de las chicas en la escuela, totalmente indefensos! ¡Las criaturas de esa edad no tienen fuerza suficiente para recuperar el aura cuando han capturado su efigie! ¡Ni la capacidad para que sus cuerpos recuperen la conciencia cuando el aura está vinculada a una efigie! ¡Podrían no despertarse jamás!

–Oigamos qué tiene que decir Danny –propuso con suavidad Tía Lummy.

–¡Un drekka no tiene derecho a hablar aquí! –intervino Zog con rabia.

–Sin embargo, el hijo de Odín y Gerd sí que tiene derecho a defenderse –arguyó Lummy; Mook, su marido, se acercó a ella para apoyarla frente a los demás.

–¿Y qué se supone que nos contará? ¡Mentiras y nada más! –gritó Gyish–. ¡Conozco muy bien a los drekkas y a los mortales; dirán lo que sea con tal de salvar el pellejo!

–Si tanto interés tiene en preservar su vida –comentó Tía Lummy–, ¿por qué la arriesgaría agrediendo a las chicas que hemos puesto a su cuidado?

–¡Porque nos odian! ¡Los drekkas nos odian aún más que los mortales! –aulló Gyish, echando espumarajos por la boca. Danny fue consciente de que el viejo estaba dando voz a sus habituales gruñidos y refunfuños. La rabia y vergüenza acumulada desde su derrota en la última guerra y la consecuente pérdida del asiento de Odín lo habían convertido en una especie de gnomo decrépito y ponzoñoso. O eso parecía en esos instantes, mientras agitaba un dedo hacia Tía Lummy como si amenazara con clavárselo en el corazón si ella daba un paso hacia él.

–¡Paparruchas! –sentenció Tía Uck–. Te estás comportando como un crío, Abuelo Gyish, y tú, Zog, no eres más que un matón. Suelta al chico de inmediato; probablemente le hayas roto el hombro y sabes que ya no contamos con sanadores de primera. –Volvió a encararse con Gyish–. Y eso es algo que tú echarás en falta cuando ese genio tuyo te provoque un infarto.

El tono firme y aguerrido de Tía Uck bastó para que Gyish plegara velas retomando su acostumbrada actitud gruñona; por

su parte, Zog tiró a Danny al suelo y se alzó sobre él con los puños cerrados desafiando al chico a que se atreviera a ponerse en pie. Danny ni siquiera lo intentó, el hombro le dolía tanto que tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas, mientras se sujetaba la zona con la otra mano.

–Danny –le dijo Tío Mook–, cuéntanos lo que pasó.

–¡Ya os lo he contado yo! –gritó Crista.

Tío Poot le dirigió una mirada severa que la hizo callar.

–Ya hemos atendido a tus mentiras, muchacha. Oigamos lo que Danny tiene que decirnos, quizá su versión mejore la tuya.

–¿Y bien, chico? –gruñó Zog–. ¡Ya has oído! ¡Habla!

–Estaban creando efigies pequeñas y les pusieron tetas enormes –explicó Danny.

–¡¿Y qué?! –chilló Gyish–. ¡¿Qué pasa si lo hicieron?! ¡Es lo que hacen todas! ¡No son más que unas crías bobas! ¡Y eso es lo que hacen las crías bobas!

–Sabía que si iba a buscarte, Tío Poot, mentirían y dirían que sólo estaban intentando hacerse más grandes.

–No las habría creído –respondió Poot.

–Pero tampoco las habrías castigado –arguyó Danny–. Y habrían seguido haciéndolo. –Danny observó que el resto de adultos asentía ante esa afirmación.

–¿Me estás echando en cara que no soy un buen maestro? –saltó Tío Poot.

–¡Eso no justifica que las metieras en un saco! –exclamó Zog, y los otros adultos también mostraron su conformidad a esto.

–No fue un saco –explicó Danny–. Estaba delante de ellas cuando me quité la camiseta y fui a por ellas; si hubieran estado atentas, se habrían dado cuenta de cuáles eran mis intenciones. ¡No creí que pudiera atraparlas con la camiseta! Sólo quería asustarlas para que se tomaran en serio sus deberes. Cuando vi que había cogido a dos de ellas, no supe qué hacer. Sabía que si las soltaba se burlarían de mí y dejarían de respetarme, por lo que en el futuro tendría que estar molestando constantemente a un adulto cuando se portaran mal. Creo que me habéis dado este trabajo para evitar que ocurra eso, ¿no?

Danny fue consciente de que acababa de reconocer que si los niños que practicaban con sus efigies no querían obedecerlo, no había casi nada que él pudiera hacer para obligarlos. Al final tendría que intervenir un adulto, y en ese caso era mejor no confiar

en Danny desde el principio. Pero decir la verdad era la única salida al lío en el que estaba metido. La acusación de Crista era muy grave, y con Gyish y Zog acusándolo de ser un drekka, alguien a quien se podía matar sin reparos, corría el peligro de que Zog le arrancara la cabeza y la tirara a la espesura.

–Así que las atrapaste en tu camiseta –dijo Tía Lummy–, y siguen ahí dentro. ¿Dónde están ahora?

–La efigie de Crista intentó arañarme en los ojos, la aparté y luego trepé a un árbol para escapar de ella.

–Y, sin embargo, ahora no estás subido a un árbol –dijo Tío Mook–. Ni tienes tu camiseta, ni las efigies de esas bobas indisciplinadas.

–Até la camiseta a una rama, y cuando bajé fui en busca de Tío Poot para contarle lo ocurrido y entregarle las efigies, pero el Tío Abuelo Zog y el Abuelo Gyish me atacaron.

–¡No soy abuelo tuyo! –gritó Gyish, aunque esto no era del todo cierto, pues la madre de Danny, Gerd, era la mayor de las nietas de Gyish.

–Te creo –sentenció Mook–. No obstante, hay algo que ignoras, algo que escapa a tu comprensión, y es el pánico que sienten ahora mismo esas chicas. Para una cría inexperta, no poder recuperar su aura es como si a ti te faltara el aire, lo mismo que si te estuvieras ahogando.

El resto de los presentes murmuró que eso era cierto.

–Lo siento –dijo Danny–. De verdad. No era mi intención que sufrieran. Hice lo primero que se me ocurrió, sólo quería que se tomaran su trabajo en serio. No sabía que fuera a dolerles.

–Mirad su hombro –intervino Tía Tweng–. Fijaos en esas marcas, parece que lo haya atropellado un camión.

–¡Intentaba escapar! –se defendió Zog.

–Le estabas haciendo daño –replicó Tweng–. ¿Cómo tuviste la osadía de castigar al chico antes de que estuviéramos todos presentes?

–¡No lo castigué! –rugió Zog–. ¡Me limité a traerlo a vuestra presencia!

–Conoces bien tu fuerza y sabes muy bien lo que haces –dijo Tweng–. No puedo creer que tú y el Abuelo Gyish le hayáis hecho esto. Es tan malo como lo que él le ha hecho a las chicas. No me sorprendería que tuviera la clavícula rota, por no hablar de los capilares que debes de haberle reventado…

Ni Zog ni Gyish estaban familiarizados con la anatomía humana, así que no tenían una idea muy clara de qué los estaba acusando Tweng, pero tuvieron que reconocer que las tornas se habían vuelto contra ellos y se sintieron humillados e irritados.

–Y mientras os dedicabais a torturar a esta criatura, sin dejarle hablar –continuó Tweng–, ¿no se os ocurrió que él es el único que conoce el paradero de la camiseta en cuyo interior están encerradas esas estúpidas hadas sin modales?

Danny sintió ganas de besar a Tía Tweng, aunque ella jamás lo hubiera permitido. Los Tíos Poot y Mook lo ayudaron a ponerse en pie y lo sostuvieron para que no cayera de nuevo al suelo. El intenso dolor le provocaba mareos. Les indicó el camino hacia el árbol al que había trepado.

Estaba más lejos de lo que Danny recordaba, o era posible que se lo pareciera a causa del dolor, ya que cada paso le hacía dar un respingo. Pero acabaron por alcanzar su objetivo, y ahora todos los tíos y tías y unos cuantos primos que se habían unido al grupo miraban hacia la copa del árbol.

–No veo nada –declaró Zog–. Está mintiendo.

–Dijo que lo ató a una rama alta –replicó Tía Tweng–. Es natural que no puedas verlo, te lo impide la hojarasca.

–No puedo trepar por ahí –dijo Tío Mook.

–¿Podrías hacer que el árbol las bajase? –preguntó Tía Lummy a Tío Poot.

–¿Lo colocaste sobre una rama viva? –le preguntó a su vez Poot a Danny–. ¿Una verde con hojas?

–Sí –contestó Danny.

–En ese caso, habrá que buscar otra solución –comentó Poot con suavidad–. Lo último que quisiera pedirle a este roble escarlata es que renunciara a una de sus ramas.

–Zog –dijo Tía Tweng–, envía a un ave a que desate la camiseta y que la baje hasta el suelo.

Zog se revolvió con furia, aunque en seguida recuperó el control y respondió con amabilidad forzada.

–Sabes que perdí parte de mi empatía durante la guerra. Las aves con las que me puedo comunicar ahora carecen de la habilidad para deshacer un nudo. Puedo conseguir que ataquen o incluso que maten, pero no que deshagan un nudo.

–Entonces, alguien tendrá que trepar al árbol –sentenció Tío Poot.

–Primero crea una efigie –dijo Tía Tweng–, así podrás comprobar a qué altura está y la dificultad que tiene la escalada.

Tío Poot era uno de los mejores creadores de efigies de la Familia y aprovechó el momento para presumir un poco ante los demás. Se sentó, apoyándose sobre el tronco del árbol, y a partir de su aura formó una efigie con las hojas y ramas vivas del propio roble. Comenzando por las ramas inferiores, que se doblaron para que sus hojas adoptaran la silueta poco definida de un hombre, la efigie ascendió «recorriendo» las hojas que encontraba a su paso hasta adentrarse en las alturas.

No tardó en descender de nuevo; una efigie que era apenas un susurro entre las ramas y las hojas, pero con la forma de un hombre.

Tío Poot abrió los ojos.

–¿Cómo has sido capaz de trepar hasta esa altura? –le preguntó a Danny–. ¿Cómo es posible que esas ramas tan delgadas soportaran tu peso?

–No lo sé –dijo Danny–. Yo sólo trepé, las ramas no se rompieron y no me caí.

–No puedo arriesgarme a enviar a otro crío ahí arriba –comentó Tío Poot–. No creo que tenga que volver a recordaros que no contamos con un sanador con capacidad para tratar heridas graves.

–Dejad que lo haga yo –pidió Danny.

–¿Con el hombro en esas condiciones? –saltó Tía Lummy–. ¡Me parece una mala idea!

–Puedo hacerlo. Me duele, pero puedo moverlo sin problemas.

Y así fue como Danny se encontró trepando al mismo árbol por segunda vez, aunque en esta ocasión lo hizo con más tranquilidad, sin forzar el brazo magullado más allá de lo necesario.

Llegó a un punto desde el que ya no veía el suelo, pero tampoco la manera de seguir subiendo. La siguiente rama estaba fuera de su alcance. Y sin embargo, era el camino que había seguido la primera vez; a esa altura no había rutas alternativas.

«Me estaba moviendo con mucha rapidez –reflexionó Danny–. Casi corría hacia arriba. Supongo que salté hacia esa rama hasta alcanzarla.»

No obstante, sabía que eso era imposible. Si hubiera sido capaz de dar un salto tan grande, lo recordaría, aunque sólo fuera para poder presumir en el futuro de haberlo hecho.

Había trepado al árbol sumido en la misma actitud concentrada que adoptaba cuando iba a correr. Nunca recordaba cómo elegía el camino o dónde pisaba cuando corría a toda velocidad. Seguro que pasó lo mismo con la primera vez que ascendió al árbol: no recordaba haberse aferrado a esta rama o haberse apoyado en esa otra; detalles que sí recordaba de esta segunda ascensión.

Cerró los ojos. No podía volver con los demás y decirles que no era capaz de hacer lo que había hecho la primera vez. ¿Qué podían pensar aparte de que no quería subir? ¿Y si otro llegaba hasta ahí y veía la camiseta anudada fuera de su alcance? La conclusión obvia sería que Danny no quería que las chicas recuperaran la libertad. Entonces, Tío Poot se vería obligado a pedirle al roble que se sacrificara desprendiéndose de una rama viva; en ese caso, le caería un buen castigo. Y a nadie le importaría, porque para todos no era más que un vulgar drekka.

Pero tenía que haber una forma de subir, estaba seguro, y no sólo porque la camiseta anudada probara que ya había llegado hasta allí la primera vez. Estaba seguro de ello porque lo presentía, detectaba el principio del camino y su curso, aunque no hubiera sitio al que agarrarse en el tronco del árbol. Decidió cerrar los ojos y estirar el brazo hacia lo alto, deslizando su mano sobre la áspera corteza. «¡Ah, si sólo pudieras hablar conmigo, viejo roble! ¡Si sólo me hicieras el favor de tender tu rama hacia mí!»

Y con ese pensamiento entremezclado con la desesperación que lo dominaba, se encogió, tomando impulso, y saltó hacia arriba. Le daba igual caer si no alcanzaba la rama. Si fracasaba en su cometido de bajar a las chicas, su destino estaba también sellado.

Su mano se cerró sobre una rama.

Abrió los ojos.

Sí, era una rama, pero no la que intentaba alcanzar para proseguir con su escalada; era la rama a la que estaba atada la camiseta.

«¿Cómo he llegado hasta aquí?»

No bien se había hecho la pregunta, cuando tuvo la respuesta.

«No pude hacerlo empleando las manos y los pies; tampoco existe magia que permita a un chico de doce años saltar en vertical una distancia así.»

No era cierto, sí que existía esa magia a pesar de que Danny jamás la hubiera presenciado. Nadie había sido testigo de esa

magia desde el año 632 de nuestra era. Danny cerró los ojos e inspiró con fuerza.

«He creado una puerta. Una puerta pequeña que me trasladó hasta aquí la primera vez; al saltar ahora, la he vuelto a cruzar.»

Había leído cosas sobre las puertas en los libros. Eran las mismas puertas que estaban al alcance de los Caminantes e incluso de las Ganzúas en los tiempos en que se practicaba la creación de puertas en el mundo. Y al pensar en todo eso, Danny fue capaz de ver dónde comenzaba su puerta y adónde conducía. No era algo visible, ni siquiera podía vislumbrarlo como había ocurrido con la efigie temporal de Tío Poot; sencillamente sabía que estaba ahí, sentía la entrada de la puerta y también su destino, como si todo formara parte de su propio cuerpo.

Danny había abierto una puerta. ¿Cuántas había creado sin ser consciente de ello? Ahora comprendía que otras puertas, como esta del roble, eran las que le habían permitido eludir la vigilancia del perímetro del territorio de la Familia. ¿Cuánto tiempo llevaba abriéndolas? ¿Cuántas habría en total?

Y al igual que antes, no bien formuló la pregunta, dio con la respuesta. Percibió todas y cada una de las puertas que había abierto. No llegaban a sumar un par de docenas, pero por lo que recordaba de sus lecturas, ésa era una cantidad apreciable. Un Caminante sólo podía llegar a abrir una docena de puertas, tuvieran el tamaño que tuviesen, porque el mago teleportador que las abre ha de dejar una porción de su aura en cada puerta. Un teleportador experimentado es capaz de cerrar las puertas que ha abierto y recuperar así las porciones de su aura, pero Danny no tenía ni idea de cómo se hacía eso y no había nadie que pudiera enseñarle.

«He abierto más de veinte puertas sin saberlo, dejándome llevar por la intuición. Y a pesar de ello, he sido capaz de seguirlas para salir al exterior; las percibía, aunque no supiera conscientemente que estaban allí, ni adónde conducían, ni cómo utilizarlas.»

El problema es que se hallaban todas dentro de los dominios de la Familia y alguien podía topar con una por accidente y encontrarse de pronto en otro lugar. Bastaba con que ocurriera una vez para que todos supieran que un mago teleportador moraba de nuevo entre ellos; y no uno cualquiera capaz de encontrar y utilizar puertas ya existentes. No, éste era uno que tenía el poder de crear sus propias puertas.

Danny sintió una intensa alegría al darse cuenta de que no era un drekka, al contrario, era un mago poderoso y excepcional. La alegría no tardó en dar paso al hecho de que ser un teleportador en la familia North era peor que ser un drekka.

El último mago teleportador en el mundo había sido Loki, el embaucador, el monstruo que había sellado todas y cada una de las Grandes Puertas existentes en el mundo, cerrando así el tránsito entre Westil y Midgard. Y con ello dinamitó el poder de todas las Familias, ya que sus mayores poderes sólo se renovaban al pasar con frecuencia de Westil a Midgard y de Midgard a Westil. La magia acumulada en uno de los mundos se multiplicaba por cien al pasar al otro a través de una Gran Puerta. Las puertas menudas como las de Danny no contaban con ese poder; conducían desde un lugar a otro en la propia Tierra y su único fin era permitir que él se desplazara entre esos lugares. Pero las Grandes Puertas eran las que habían convertido a los magos de Westil en dioses cuando llegaron a Midgard.

Cuando Loki cerró las puertas, impidiendo el acceso a cualquiera de ellas, incluso a las que habían estado abiertas durante más de tres mil años, los dioses volvieron a convertirse en simples magos, un estado en el que eran vulnerables. Cualquier mortal podía darles caza y muerte; podían morir bajo la espada de los mortales, o a causa de las flechas lanzadas por un arco mortal. Los magos tuvieron que recurrir a la prudencia y se aislaron, simulando que eran gente corriente. Se ocultaron, como la familia North, que buscó su refugio en las colinas de Virginia, en lugares donde la gente no se metía en los asuntos de los demás y podían vivir sus vidas con relativa tranquilidad.

Los primeros tiempos que siguieron al cierre de las puertas se vieron sacudidos por las guerras; nadie creía que los actos de Loki no formaran parte de un diabólico plan urdido por los North y querían obligarlos a que reabrieran los accesos a Westil. A la larga, después de que todas las Familias sufrieran fuertes bajas en la guerra, que los North huyeran con Leiv Eiriksson a Vinland, y de que el resto de Familias constatara la indefensión de los North tras cinco siglos de violencia, acabaron por creer que Loki había actuado solo. Si los North hubieran podido seguir cruzando las puertas hacia Westil, ya habrían arrasado al resto de las Familias sin problema alguno.

No obstante, una vez conquistaron América, las Familias aún

declaraban la guerra a los North cada cierto tiempo, aunque sólo fuera por el recuerdo de haber perdido Westil. Tenían que castigarlos, quizá borrarlos de la faz de la Tierra. ¿Acaso no lo merecían?

Con el tiempo, y tras muchos acuerdos y tratados de paz que se rompían y renovaban, hubo una cláusula que siempre se incluyó y que todos apoyaron: si un mago teleportador nacía en el seno de alguna de las Familias, sobre todo en la de los North, se le daría muerte. Y tras matarlo, su cadáver sería troceado y se enviaría una parte a cada Familia como prueba de que el acuerdo se había respetado.

Sin este pacto, la Familia que contara con un teleportador tendría una ventaja decisiva sobre las demás si no era detenida a tiempo. Todas las Familias albergaban el temor de que las demás incumplieran el acuerdo, porque llegado el caso, era justo lo que ellos harían.

Si alguno de los adultos había enviado una efigie tras Danny y observó lo que acababa de hacer en el árbol, le esperaba una muerte segura cuando descendiera al suelo, y nadie intervendría en su favor. El chico sabía que si el resto de Familias sospechaba que los North ocultaban a un teleportador entre ellos, formarían una alianza que no se detendría hasta haber aniquilado a todos los North.

«Soy un mago con un poder que ningún otro tiene, y, sin embargo, soy hombre muerto. Si Loki no hubiera cerrado las puertas, el descubrimiento de mi poder sería motivo de celebración. Me convertiría en uno de los miembros más destacados de la Familia y los magos de las bestias, como Zog, tendrían que rendirme pleitesía; y Lem y Stem jamás volverían a alzar sus manos contra mí. Pero Loki cerró las puertas y ahora soy una anomalía a la que hay que dar muerte. Si yo fuera buena persona, me arrojaría desde aquí en busca de la muerte; les ahorraría la pena de tener que matarme.»

Pero Danny no era tan bueno.

No les debía nada. No era uno de ellos. No aceptaba la autoridad que le querían imponer. Si estaba en su mano, no pensaba dejar que lo mataran.

Lo malo era que no sabía cómo emplear su poder. Había creado puertas, pero de manera inconsciente. Podía localizar todas las puertas que había creado, porque formaban parte de él, pero era incapaz de crear una nueva. Una que lo condujera desde

el árbol a algún sitio como Canadá o Brasil. Pero no, todas las que había creado lo llevaban a una distancia máxima de cincuenta metros, y lo que era peor, ignoraba cómo se hacía una que fuera más lejos.

Se acercó con cuidado al lugar donde había atado la camiseta, la soltó, abriéndola a continuación para liberar a las debilitadas efigies. Las auras de las chicas se desprendieron de inmediato de las ramas, hojas y cáscaras de semillas que conformaban sus efigies. Ya se habrían despertado en la escuela y ahora estarían gritando y llorando, abrazadas la una a la otra y llenas de terror.

«Apuesto a que esas dos no volverán a burlarse de mí –pensó Danny–. Me respetarán si vuelvo a supervisarlas. Podría decirse que lo que hice estuvo bien, si olvidamos que casi consigo que me maten.»

Danny bajó sin prisa, deteniéndose de vez en cuando y prestando atención a lo que ocurría en el suelo. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que el hombro ya no le dolía, que había dejado de dolerle desde que pasara por la puerta hacia la rama donde había atado la camiseta. Se examinó el hombro y no halló rastro de la herida; ni un arañazo, ni un moratón.

Las puertas sanan. Había oído algo al respecto, pero sólo rumores, ya que al ser un aspecto positivo de los magos teleportadores, nadie tenía demasiado interés en hablar sobre ello. Cuando Tía Uck comentó que no contaban con un sanador de primera, se refería a un Herbolario, alguien con conocimientos sobre plantas y que contaba con el poder para incrementar sus cualidades curativas. Sin embargo, antes de los nefastos sucesos del 632 d.J.C., cualquier herida podría curarse pasando a través de una puerta.

Danny supo en seguida que si veían su hombro, sabrían que era un mago teleportador. La herida no podía haberse curado sin dejar tan siquiera una cicatriz; sólo el tránsito a través de una puerta tenía la capacidad para hacerlo.

Tenía que hacer algo, y no bastaría con ponerse la camiseta; estaba seguro de que una de las tías insistiría en curar la herida, en ponerle una venda. Tenía que mostrarles algo que le permitiera salir del paso. Se preguntó cómo iba a infligirse una herida subido al árbol como estaba. Al final, se clavó varias veces las uñas con todas sus fuerzas. Le dolió y comprobó que donde se

había arañado habían aparecido unas marcas rojas; tuvo dudas de si con eso sería suficiente, pero como no podía hacer nada más, se puso la camiseta, cruzó los dedos y siguió descendiendo hacia el suelo.

Cuando alcanzó la base del tronco, sólo lo esperaban Tío Mook y Tía Lummy. Lummy era la hermana pequeña de Mamá y se parecía a ella, aunque era algo más regordeta y menos irascible. Lummy tampoco era una gran maga de luz como Mamá. Tenía mucha empatía con los conejos, un talento que sólo le había servido para convencer a los pequeños animales de que dejaran en paz la huerta familiar. Sin mucho más que hacer, Lummy dedicaba su tiempo a la enseñanza de todos los idiomas conocidos, tanto escrito como hablado, a estudiantes que no comprendían la utilidad que podía tener ese aprendizaje.

Y trataba bien a Danny. Y Tío Mook también. Y ellos eran quienes se habían quedado a esperarlo.

Danny se dejó caer desde la rama más baja del árbol hasta el suelo y se volvió hacia ellos.

–¿Estoy metido en un buen lío? –les preguntó.

–En lo que a mí respecta, no –respondió Tía Lummy.

–Alguien debería haber metido a esas crías en un saco hace ya tiempo; les faltan modales y sentido común –añadió Tío Mook.

–Pero Zog y Gyish se han convertido en tus enemigos –siguió Tía Lummy–, y te quieren muerto. Y me temo que muchos están de acuerdo con ellos; creen que sigues vivo por ser hijo de quien eres.

–¡Ya! Como si Mamá fuera a echarme de menos –replicó Danny con amargura–. Y Baba ni siquiera se daría cuenta de que yo ya no estaba.

–No seas injusto –lo reprendió Tío Mook–. Tus padres son algo enrevesados, es cierto, pero te aseguro que se preocupan mucho por ti y te tienen presente a todas horas.

–Aunque eso fuera cierto, si la Familia decidiera que soy un drekka peligroso para los demás y me sentenciaran a muerte, el mismo Baba me arrastraría hasta la Colina Hammernip y Mamá me enterraría con sus propias manos.

–¡Bobadas! –replicó Tía Lummy.

–Claro que lo harían –la contradijo Tío Mook–. Es su obligación.

–¡Mooky! –lo reprendió Lummy.

–El chico tiene edad para saber la verdad –le dijo Mook a Lummy. Luego se dirigió a Danny–. Tienen sus obligaciones y las respetan, por eso harán lo que tengan que hacer. Pero ahora todo este desagradable asunto ha concluido y yo diría que es hora de que vuelvas a casa para comer algo. En nuestra compañía, eso sí, no vaya a ser que alguien decida vengarse antes de que tus padres vuelvan a casa.

–¡Ya está bien, Mooky! –se impacientó Tía Lummy–. ¡Deja de asustar al chico!

–Debería estar asustado –adujo Mook–. Debería haberse cortado una mano antes de meter las efigies de esas crías en un saco. Supongo que eso ya lo sabe, aunque sea algo tarde. A partir de ahora van a vigilarlo de cerca; si queremos que esté a salvo, hay que meterle en la cabeza que debe pasar inadvertido. Se acabó el presumir de lo listo que es en el colegio…

–Nunca ha presumido de eso –lo interrumpió Tía Lummy. Danny le agradeció en silencio que saliera en su defensa, pero tuvo que reconocer que a veces sí presumía de su indudable superioridad intelectual sobre los demás.

–Pues al resto de los estudiantes se lo parece, y sabes que tengo razón –espetó Mook.

–Si sólo pudiera marcharse a algún lugar seguro lejos de aquí y llevar una vida tranquila –suspiró Tía Lummy.

–¡No le des ideas! –le advirtió Mook.

–He pensado en eso más de mil veces –reconoció Danny–, pero me perseguirían hasta atraparme, así que no me parece una buena idea. Mi vida pertenece a este lugar y mi único objetivo es intentar que sea lo más larga posible.

–Ésa es la actitud correcta –convino Mook–: humildad, resignación y capacidad de sacrificio.

Lo acompañaron de vuelta a casa, y esa noche Danny cenó bien, ya que el mayor talento de Lummy no eran los conejos ni la enseñanza, sino la cocina. Después de cenar, Lummy insistió en curar las heridas en el hombro de Danny empleando su mejor y más apestoso ungüento. Cuando el chico se quitó la camiseta y ella comprobó que apenas tenía unos hematomas, suspiró aliviada.

–¡Vaya! –dijo sorprendida–, o Zog se está debilitando con la edad, o no es tan bruto como pensé; sólo tienes unos moretones.

–Danny tiene la fuerza de la juventud –dijo Tío Mook–. Estos críos son más duros de lo que parecen.

Con el intenso olor del ungüento precediéndolo, Danny se fue a la cama. Sólo entonces, inmerso en la oscuridad, llegó a la única conclusión posible: iba a sobrevivir costara lo que costase. Y para eso tenía que concentrar todos sus esfuerzos en encontrar la manera de abandonar los dominios de la Familia North y que jamás pudieran atraparlo. Afortunadamente, y al contrario de muchos de los que habían terminado sus días en Hammernip, Danny tenía la facultad de desplazarse desde donde se encontrara a cualquier otro sitio; sólo tenía que averiguar cómo funcionaba su poder para controlar el rumbo de las puertas.